

in memoriam

A la memoria de Jonathan Mann*

Ana Luisa Liguori

Discriminación, desesperanza, marginación, en suma, el desprecio por los derechos humanos y la violación a la dignidad humana crean las condiciones sociales en las que el sida florece alrededor del mundo.
JONATHAN MANN, ponencia en la XII Conferencia Internacional sobre sida.

Dos hilos conductores guiaron la vida de Jonathan Mann: el humanismo y un alma aventurera siempre en la búsqueda de nuevos y mayores retos.

Quizá porque su nombre en inglés es el genérico de hombre, o porque cuando entró por primera vez a la universidad estudió historia (de donde —dicho sea de paso— se graduó con *magna cum laude*) estaba destinado a dedicarse, dentro del ámbito de la medicina, (su segunda carrera) a la salud pública.

Su vocación por esta especialidad quedó determinada cuando trabajó como epidemiólogo en un programa de los centros de control de las enfermedades de los Estados Unidos (CDC) en Nuevo México, donde se concentró en la pobreza rural y sus efectos sobre la salud.

Después de estudiar epidemiología un año en Harvard, volvió a Nuevo México, donde trabajó durante 10 años.

En 1984, al sentir que un ciclo concluía y que necesitaba nuevos retos, ante varias alternativas laborales eligió irse a Zaire para ayudar a investigar y enfrentar un nuevo fenómeno: el sida.

* Presentación realizada en el Congreso del Instituto Nacional de Salud Pública, el 3 de marzo de 1999 en una sesión dedicada a la memoria de Jonathan Mann.

Parte de los datos biográficos de Jonathan Mann aparecieron en boletines informativos en internet (facilitados por Carlos Magis) de fuentes como el *New York Times*, la Escuela de Salud Pública de Harvard, *Letra S* y el *Village Voice* entre otros.

A pesar de que obstáculos como la pobreza, las barreras culturales y las políticas, dificultaron su labor, en pocos meses había integrado y capacitado a un grupo local para realizar el trabajo. Ahí creó un modelo de vigilancia epidemiológica e intervención —el más complejo en África en aquella época— para enfrentar la nueva epidemia.

Dos años después, el doctor Halfdan Mahler, director general de la Organización Mundial de la Salud, impresionado con el trabajo de Jonathan Mann, lo invitó a Ginebra a crear un programa global sobre el sida.

Bajo el liderazgo de Jonathan, en sólo cuatro años se logró crear un verdadero programa global sobre el sida. Su actuación permitió de manera rápida crear conciencia de la importancia de esta epidemia y la urgencia de actuar para detenerla.

Durante esos años, fue infatigable. Viajó por el mundo con su pasión por delante y sus dotes de orador extraordinario, animado por la convicción de su misión, para entrevistarse con ministros de salud, científicos y activistas. Al mismo tiempo, logró recaudar millones de dólares de gobiernos y donadores privados.

A través de su programa se generaron sistemas de apoyo para los esfuerzos nacionales. Dentro del modelo que ayudó a crear, la prevención se consideró esencial. Una prevención eficaz requería tanto de la oferta de una sangre segura y programas nacionales de vigilancia epidemiológica, como de investigación que diera cuenta de las dinámicas sociales y conductuales y los patrones de la transmisión sexual del VIH. Esta última debía ser la base para la educación preventiva.

Por otro lado, propició que se pusieran en marcha vigorosos programas de investigación biomédica para desarrollar tratamientos eficaces para los ya afectados y productos para la prevención de la infección.

A pesar de este catálogo impresionante, quizá su logro más decisivo, aquél por el cual será recordado por las generaciones futuras, fue su posición con respecto a la dignidad y los derechos humanos de las personas afectadas por la epidemia. Siempre utilizó su plataforma en la OMS para que las políticas públicas de los programas nacionales establecieran el tamizaje voluntario, el manejo confidencial de los resultados y la defensa de los derechos de las personas que viven con VIH/sida, inclusive —de ser necesario— por la vía legal.

Jonathan habló apasionadamente de una segunda epidemia que consideraba aún más peligrosa que la primera: la del miedo, el prejuicio y la discriminación. De esta manera, logró virar una tendencia mun-

dial represiva contra los infectados por el VIH, que ya se perfilaba como la dominante cuando llegó a la Organización Mundial de la Salud. Para entonces, más de 80 países habían pasado leyes contra personas con VIH o percibidas como pertenecientes a los “grupos de riesgo”. Cuando dejó la organización, más de 150 países se habían comprometido con estrategias preventivas basadas en la promoción del uso del condón y en la defensa de los derechos de los afectados. Es asombrosa la complejidad del modelo que creó; que en lo esencial, hoy en día sigue siendo el mismo que se está utilizando para enfrentar al sida, lo cual resulta destacable, sobre todo si se toma en cuenta que no existían antecedentes de enfermedades que requirieran una respuesta de esta magnitud.

En 1988, el Dr. Nakajima, quien no compartía con Jonathan la convicción de la importancia fundamental de la pandemia, pasó a ser el nuevo director de la Organización Mundial de la Salud. Durante dos años, Mann toleró los crecientes obstáculos burocráticos impuestos a su programa y en 1990, en señal de protesta, renunció.

Fue en esa época cuando conocí a Jonathan Mann en San Francisco, durante el Congreso Internacional sobre el sida, pero no en las actividades del congreso mismo, sino que coincidimos como panelistas en una sesión satélite que se organizó para las personas de San Francisco que tenían interés por el sida, pero por diversas razones —sobre todo económicas— no podían asistir a la conferencia oficial. Sin duda, este tipo de servicio a la comunidad era importante. Pero lo que yo no podía dejar de preguntarme era: ¿cómo una ponencia tan maravillosa como la de Jonathan no se estaba presentando en una de las sesiones plenarios de la conferencia internacional?

En aquella ocasión nos sentaron juntos y después de la sesión nos quedamos conversando largamente. Me dijo que México era un país sobre el que sabía mucho, le interesaba de manera especial y donde tenía muy buenos amigos, en especial su colega Jaime Sepúlveda.

Jonathan Mann había estado en México en dos ocasiones. La primera en 1987, cuando presentó una ponencia en el Centro Médico Nacional, y la segunda en 1988 para participar en la primera Conferencia Internacional de Información y Educación sobre el sida que se llevó a cabo en Zihuatanejo. Los mejores trabajos del evento se incluyeron en una publicación que editó de forma conjunta con el Dr. Sepúlveda, y el Dr. Finberg. En 1992 estuvo una vez más en nuestro país para presentar el libro. En esa ocasión asistí a una cena en la que él era el invitado de

honor. Para cuando bailamos rock and roll, la música de su época —porque había nacido en 1947— se había roto el hielo para siempre.

En aquel entonces, ya tenía dos años de haber sido invitado a la escuela de Salud Pública de Harvard como profesor de epidemiología y salud internacional. Ahí fue donde maduró un ambicioso proyecto en el que confluían sus intereses y experiencias profesionales y vivenciales anteriores: impulsar un tema que llevado a sus últimas consecuencias era extremadamente radical: el derecho a la salud como derecho humano. Esta nueva etapa de su trabajo se vio potenciada cuando la condesa Albina du Boisrouvray otorgó un generoso donativo a Harvard para que se creara una cátedra permanente y un centro sobre este tema. Así, Jonathan Mann encabezó el centro Françoise-Xavier Bagnoud en memoria del hijo de la condesa, un joven médico que murió en labores humanitarias en África. Como una herramienta complementaria del centro, en 1994 fundó la revista internacional *Salud y Derechos Humanos* para promover el debate y la difusión sobre el tema. Tuve el honor de formar parte del consejo editoria: de esta publicación, donde también se encontraba Julio Frenk.

La revista explora y documenta la relación entre los campos de la salud y los derechos humanos e identifica los objetivos que comparten y los obstáculos comunes que enfrentan. Muestra cómo ambas temáticas se complementan y señala que la dificultad para vincularlas radica en la óptica utilizada, y en el uso de los lenguajes distintos. Sin embargo, cuando se busca relacionarlas, resultan evidentes las numerosas convergencias que existen entre ellas. Además, la revista tiene un objetivo humanista: contribuir al bienestar de las personas a través de una estrategia combinada de lucha por la salud y por los derechos humanos, ya que quienes compartimos este esfuerzo creemos que los resultados irán más allá de lo que podría lograrse si se lucha por estos fines de manera aislada.

Los aspectos fundamentales de reflexión que han sido una constante en la revista se refieren al “impacto (positivo y negativo) que tienen los programas, prácticas y políticas en salud, sobre los derechos humanos”. El sida es uno de los casos en los que más se ha analizado esta vinculación, pero también donde más violaciones a los derechos humanos se han presentado. Otro aspecto ha sido el impacto que tienen sobre la salud las violaciones a los derechos humanos. En casos extremos, como el de la tortura, esta relación es muy clara y ha sido

denunciada reiteradamente. Sin embargo, es necesario hacer un análisis mucho más detallado y profundo para comprender cómo cualquier violación de los derechos humanos afecta el bienestar de los individuos.

Los dos primeros son los aspectos que más se han documentado, a diferencia del tercero, en el que hay mucho por discutir y elaborar: la vinculación intrínseca y fundamental de "la protección y promoción de los derechos humanos con la protección y la promoción de la salud".

La revista ha abierto un diálogo desde diferentes disciplinas y desde distintas experiencias teóricas y empíricas; por ello, muchos de los artículos son conceptuales y otros analizan situaciones concretas.

Como estrategia adicional para profundizar y difundir el tema, Jonathan Mann organizó dos congresos sobre Salud y Derechos Humanos que tuvieron lugar en Harvard en 1994 y 1996.

Jonathan fue un aliado importante de la causa de las mujeres, tanto en el caso específico del sida, como en el de la salud y los derechos humanos. En el tema del sida, utilizó muchos foros para señalar la mayor vulnerabilidad de las mujeres al VIH por el lugar social que ocupan. Consideraba que era fundamental mejorar su *status* económico, político y social para tener una base real para disminuir su vulnerabilidad. Propone como fundamental que se promovieran cambios, como el derecho a heredar tierra, acceso a recursos económicos y equidad legal como un primer paso que aunque fuera insuficiente era indispensable.

En el tema de la salud y los derechos humanos, reconoció tanto el aporte que hacían en este campo quienes luchaban por la salud y por los derechos humanos de las mujeres y como las múltiples conexiones entre ambos campos. Por ejemplo, la lucha del feminismo por lograr que la violencia doméstica dejara de considerarse como perteneciente al ámbito personal; y la lucha porque la violación a mujeres fuera considerada un acto de tortura —sobre todo en situaciones de guerra— cuya responsabilidad debe ser imputada a los gobiernos, han ido cambiando el paradigma de los que se consideran derechos humanos.

En 1996, visitó por última vez nuestro país para participar como ponente en un simposio sobre Salud y Derechos Humanos organizado por el Colegio Nacional y la Academia de Medicina.

En 1997, para sorpresa de muchos, dejó Harvard para aceptar un nuevo reto como director de la escuela de Salud Pública de la Universidad de Ciencias de la Salud de Allegheny de Filadelfia. Pensó que este

trabajo le permitiría crear un programa multidisciplinario para poner en práctica sus conceptos sobre lo que debería ser la nueva salud pública. Las restricciones económicas de la institución a la que se incorporó frustraron sus planes.

La última vez que vi a Jonathan fue en el XII Congreso Internacional sobre Sida en Ginebra. En esa ocasión me reiteró lo que me decía cada vez que lo veía: su interés por venir a México a pasar un año sabático en el INSP.

En aquella ocasión fui a escucharlo a la sesión organizada para ministros de salud donde fungió como comentarista. En ella exhortó de manera elocuente a los presentes a crear “una agenda más poderosa de prevención”. Para él, las prioridades fundamentales eran encontrar una vacuna y minar las raíces sociales responsables de la vulnerabilidad de distintas poblaciones al VIH, ya que decía que si no se elimina la inequidad e injusticia sociales, es probable que todas las políticas en torno al sida fracasen: esos programas “avanzan de manera paralela con la habilidad de la gente de decidir y llevar a cabo decisiones informadas sobre su conducta personal. Desafortunadamente, demasiada gente en el mundo vive bajo circunstancias sociales que le impiden llevar a la práctica esas decisiones”.

Agregaba: “hoy en día es evidente que en todo el mundo, un número desproporcionado de los casos nuevos se está dando entre las minorías étnicas, la población depauperada —entre ella de manera especialmente importante las mujeres—, los marginados y los discriminados”, en suma, los ya de por sí vulnerables. Para responder a esta realidad Jonathan recomendaba lo que ya muchas comunidades están haciendo: “usar el lenguaje de los derechos humanos y el vocabulario específico de la justicia social como guía para la acción”. De esta manera, los individuos y los grupos le dan nombre a lo inaceptable, “como por ejemplo, el que la información sobre el sida no esté disponible para todo el mundo, o que la educación para los niños no sea universal”. El siguiente paso consiste en hacer del conocimiento general esa información, en publicitarla. “Esto puede eventualmente cambiar actitudes y leyes”.

Para Jonathan Mann, las personas que trabajan en la creación de una vacuna y las que lo hacen dentro del marco de los derechos humanos para reducir el riesgo al VIH en los grupos socialmente vulnerables, tienen mucho en común, aunque tengan materias y maneras diferentes

y aun divergentes de trabajar. Ambas tienen algo más profundo que las une y que él aseguraba también compartía el público que lo escuchaba (y que seguramente comparten los hoy aquí presentes): trabajan para cambiar el mundo y se niegan a aceptar el *statu quo*. Los primeros se niegan a aceptar el curso inamovible del mundo natural, los segundos del mundo social “que tanto contribuye a la existencia de enfermedades prevenibles y muertes prematuras”. Para él, el único obstáculo fundamental que puede haber para crear una vacuna y para cambiar la sociedad es la idea de que estas cosas son demasiado difíciles de lograr. El Dr. Mann nos conminaba, nos conmina, a recordar los logros y avances de nuestra propia historia para encontrar la energía necesaria para los retos del futuro. Si seguimos en la lucha es porque no nos resignamos a aceptar el *statu quo*. Para él contar con una agenda poderosa de prevención requería la renovación de nuestra solidaridad tan radicalmente diferente de la caridad no como una palabra hueca, sino como testimonio del grado en que nuestras vidas son interdependientes.

En su presentación señalaba: “por años, las lesbianas y los *gays*, las personas viviendo con VIH, y los marginados por la razón que sea, nos han estado tratando de decir que la discriminación y el aislamiento es la fuente más profunda de sufrimiento, la carga más difícil de llevar”.

Imposible recrear aquí la riqueza y emotividad de las palabras de Jonathan Mann. Al escuchando, decidí grabarlo para conservar el recuerdo de su sabiduría en su propia voz. Por segunda vez en mi vida, me encontré preguntándome ¿cómo una ponencia tan maravillosa no se estaba presentando en una de las sesiones plenarias de la conferencia internacional?

El otro día, mientras escuchaba conmovida esa grabación, al oír en su voz que la fuente de la solidaridad humana proviene del mismo impulso que siempre ha llevado a las personas a plantar árboles cuya belleza jamás verán, no puede dejar de pensar en el pequeño árbol que en su honor plantamos hace apenas algunos meses en los jardines de del Instituto de Salud Pública.

Una noche de diciembre —y aunque esto parezca fabricado (o cursi) realmente me sucedió— soñé que estaba en una reunión a la que sorpresivamente llegaban Jonathan y su esposa Mary-Lou Clemens (quién murió con él en el accidente de Swissair). La alegría de los que estábamos ahí era increíble. Al momento me levantaba a telefonarle a Jaime Sepúlveda para darle la buena nueva y decirle que no iba a hacer

falta que hiciera este texto porque Jonathan Mann seguía vivo. Al despertar me di cuenta de que mi inconsciente estaba en lo cierto y que quizá por su apellido Mann, pero sobre todo por sus obras y sus ideas, Jonathan tiene un lugar asegurando entre los super-héroes inmortales de nuestra generación.